
Abû 'Alî Ibn Sinâ
Avicena
RISÂLA DEL PÁJARO ⁽¹⁾



[I] ¿No habrá nadie entre mis hermanos que quiera escucharme para que pueda confiarle algunas de mis tristezas? Acaso así podría compartir fraternalmente mi pesada carga, pues la amistad de un amigo sólo es perfecta, tanto en la buena fortuna como en la mala, cuando se halla al abrigo de cualquier flaqueza. Pero ¿donde encontraré un amigo tan puro y sincero en [este] tiempo (2) en que la amistad se ha convertido en un comercio del que se echa mano cuando la necesidad del negocio obliga a llamarlo y después se renuncia a su trato tras de haber despreciado aquella urgencia? Sólo se visita a un amigo cuando tú has recibido la visita de la desgracia; no se recuerda al amigo, salvo cualquier apremio nos devuelve la memoria. Es cierto que hay hermanos unidos por un común parentesco divino, amigos que se asemejan a la hermandad celestial, que contemplan las Esencias Verdaderas (3) con la mirada de la visión interior, que han purificado las entretelas de sus almas de toda sombra de duda; tal sociedad de hermanos sólo puede convocarla el heraldo de la vocación divina. Doquiera que estén, acojan el presente testamento (4).

¡Hermanos de la verdad! (5). Comunicad vuestro secreto, reuníos y que cada uno ante su hermano levante el velo que oculta el fondo de su corazón para que cada cual ilustre al otro y así podáis realizar, unos por otros, vuestra perfección (6).

¡Hermanos de la verdad! Retraeos como el erizo retrae [sus púas] mostrando en la soledad el ser secreto y ocultando el ser aparente. ¡Lo juro por Dios! A vuestro ser oculto le corresponde mostrarse y conviene que desaparezca el ser aparente.

¡Hermanos de la verdad! Dejad vuestra piel como la serpiente suelta su camisa. Marchad como camina la hormiga sin que nadie sienta el ruido de sus pasos. Imitad al alacrán, que lleva el aguijón en la punta de su cola, pues por detrás es por donde Satanás intenta sorprender al hombre (7). Tomad veneno para manteneros vivos. Amad la muerte para guardar la vida (8). Permaneced en vela permanente, sin buscar un cobijo concreto, pues en el nido es donde más y mejor se captura a los pájaros. Si carecéis de alas, robadlas. Si es necesario, procuraos las alas con astucia, que el mejor avizor es quien tiene fuerza para emprender el vuelo. Sed como el avestruz, que engulle guijarros calientes; como los buitres, que se tragan los huesos más duros; como la salamandra, que no teme al fuego; como el murciélago, que jamás sale de día; pues sí: el murciélago resulta ser el más listo de los pájaros.

¡Hermanos de la verdad! El más valiente es el que se atreve a afrontar el mañana; el más cobarde, el que siempre anda atrasado en su perfección.

¡Hermanos de la verdad! No hay que asombrarse de que el Ángel huya del mal y que, al contrario, la Bestia corneta maldades, pues el Ángel no posee órgano alguno de corrupción, mientras que la Bestia carece de cualquier órgano de entendimiento. No; lo asombroso es lo que le sucede al hombre dotado de poder contra sus malos deseos: se deja dominar por ellos teniendo dentro de sí la luz de la inteligencia. En verdad, se transforma en algo semejante al Ángel aquel que aguanta a pie firme el asalto de los deseos perversos. Por el contrario, quien carece de fuerza para resistir las tentaciones de los malos deseos, termina al nivel de las bestias (9).

Mientras tanto, lleguemos a nuestro relato y expliquemos nuestras tristezas.

[II] Relato. Sabed, Hermanos de la Verdad, que un grupo de cazadores salieron en partida al desierto; tendieron sus redes, colocaron los cebos y se ocultaron entre la maleza; en cuanto a mí, estaba en la bandada de pájaros. Cuando los cazadores nos avistaron, para atraernos hicieron sonar un reclamo tan agradable que nos sumió en la duda. Nos mirábamos unos a otros, veíamos un lugar tan apacible y placentero, nos sentíamos tan bien acompañados que no experimentábamos inquietud alguna, ni ninguna sospecha nos impidió encaminarnos hacia aquel lugar, volando hacia allá. Al momento caímos en las redes, las anillas ciñeron nuestros cuellos, las mallas aprisionaron nuestras alas, los cordeles anudaron nuestros pies; cualquier movimiento que intentábamos sólo servía para amarrar más fuertemente nuestros lazos y agravar nuestra situación (10).

Acabamos por resignarnos a nuestra suerte; cada cual sólo hacía cuenta de su propio daño, olvidando el de su hermano; sólo procurábamos buscar alguna astucia que nos libertara. Más tarde, acabamos por olvidar a qué degradación había llegado nuestra situación, perdimos la conciencia de nuestras cadenas y de la angostura de nuestra cárcel y nos abandonamos a la inoperancia (11).

Pero he aquí que un día, mientras miraba entre las mallas de las redes, vi una bandada de pájaros que habían sacado las cabezas y alas de la jaula y se preparaban para el vuelo (12). En sus pies aún se veían los nudos de las cuerdas, no tan apretadas para impedirles el vuelo, ni tan sueltas como para permitirles una vida tranquila y sin cuidados. Viéndolos, recordé mi anterior estado, del que ya había perdido la conciencia. Lo que en el pasado fue mi vida familiar, me hizo sentir la miseria de mi actual condición (13). Hubiera querido morir de tan gran tristeza o que mi alma se escapara sin ruido de mi cuerpo cuando los viera partir.

Los llamaba; les gritaba desde el fondo de mi jaula:

- ¡Venid! ¡Acercaos! Enseñadme con qué estrategia puedo libertarme; compadecedme, pues en verdad estoy en las últimas (14).

Pero ellos recordaban la astucia y trucos de los cazadores. Mis gritos sólo sirvieron para asustarlos y alejarlos de mí. Entonces les conjuré en nombre de la fraternidad eterna, en nombre de la camaradería limpia de toda mancha, en nombre del pacto no roto, para que confiaran en mis palabras y borrasen de su corazón cualquier duda. Entonces se me acercaron. Cuando yo les pregunté por su situación me dijeron lo siguiente:

- También nosotros fuimos cautivos del mismo mal que el tuyo; igualmente sufrimos desesperación, fuimos familiares de la tristeza, de la angustia y del dolor.

Acto seguido me enseñaron su medicina. El lazo cayó de mi cuello, mis alas se libraron de las cuerdas (15), la puerta de mi jaula se abrió. Me dijeron:

- Aprovechate de tu liberación.

Pero yo les pedí de nuevo:

- Quitadme también esta traba que me queda en el pie.

Me respondieron:

- Si tuviéramos fuerza para ello habríamos empezado por retirar la que estaba a nuestro pie. ¿Cómo un enfermo podría curar a otro? (16).

Salí, pues, de mi jaula y con ellos emprendí el vuelo. Me dijeron:

- A lo lejos, delante de ti, se encuentra una región, y no estarás a salvo de cualquier peligro hasta que hayas atravesado todo el espacio que te separa de ella. Sigue, pues, nuestra estela para que podamos salvarte y te conduzcamos por el buen camino hasta la meta que desees (17).

Nuestro vuelo nos condujo entre las dos laderas de una montaña por un valle fértil lleno de vegetación. Volamos agradablemente hasta que sobrepasamos todos los peligros sin hacer caso del reclamo de cazador alguno (18). Por fin llegamos a la cima de una primera montaña desde la que divisamos otras ocho cumbres (19) tan altas que la vista no llegaba a distinguirlas. Unos a otros nos dijimos:

- Detengámonos. No estaremos seguros sino después de haber cruzado sanos y salvos dichas cumbres, pues en cada una de las montañas hay gente interesada por nuestra [captura]; si nos interesáramos por ello y nos distraiésemos con el encanto de sus placeres y el reposo de sus lugares, jamás llegaríamos.

Mucho hubimos de sufrir para atravesar, una tras otra, seis montañas y llegar a la séptima. Cuando hubimos sobrepasado sus límites, algunos de los nuestros dijeron a los otros:

- ¿Acaso no ha llegado ya la hora de descansar? Estamos agotados por la fatiga, y entre nosotros y los cazadores hay un buen espacio, pues hemos atravesado una distancia considerable. Una parada de una hora nos vendría bien para llegar a la meta, pues si aumentamos nuestra fatiga vamos a perecer.

Hicimos, pues, un alto en la cumbre de la montaña; vimos allí jardines frondosos, hermosos palacios y pabellones elegantes, árboles frutales y corrientes de agua viva; delicias tantas que alegraban la vista. Teníamos el alma confusa y el corazón turbado ante tanta hermosura. Escuchábamos cantos admirables y música de instrumentos que conmovían. Se respiraban perfumes que dejaban pálidos al ámbar y el almizcle más exquisitos. Comimos de sus frutos, bebimos de las corrientes de agua viva, descansamos hasta que repusimos nuestras fuerzas. Entonces nos dijimos unos a otros:

¡Apresurémonos! No hay trampa más peligrosa que la falsa seguridad, sin vigilancia no es posible la salvación, fortaleza alguna iguala a la desconfianza que nos mantiene en guardia. Nuestros enemigos nos siguen los pasos buscando el sitio en que nos encontramos. ¡Vámonos!.

Renunciamos, pues, a nuestro lugar; por bueno que fuera, más valía aún nuestra salvación. Tras de habernos puesto de acuerdo para la partida, nos separamos de aquellos lugares y llegamos a la séptima montaña. Su cima era tan elevada que se perdía en el Cielo; sus laderas estaban pobladas de pájaros. Jamás había escuchado una música tan brillante, ni contemplado colores tan espléndidos, formas tan graciosas, ni encontrado compañía tan dulce. Cuando nos posamos

cerca de ellos, nos mostraron tanta gentileza, delicadeza y amabilidad que cosa alguna pudiera describirlas ni comprenderlas. Cuando nos hallamos tan completamente a gusto con ellos, les referimos los sufrimientos que habíamos padecido, que comprendieron con la mayor solicitud. Después nos dijeron:

- Más allá de esta montaña hay una ciudad en la que vive el Rey Supremo. Cualquier oprimido que llega a implorarlo su protección y confía plenamente en él, el Rey aparta de él la injusticia y el sufrimiento mediante su poder y su ayuda.

Confianto en sus consejos hicimos propósito de llegar a la Ciudad del Rey. Alcanzamos, pues, su corte y esperamos su audiencia. Al fin llegó la orden de que los recién llegados fueran introducidos ante él y penetramos en el castillo. Nos encontramos en un recinto cuyo esplendor no podría ser expresado por descripción alguna. Tras de haberlo atravesado, una cortina se desplegaba ante nosotros, que al desvelarse mostraba una sala tan espaciosa y brillante que nos hizo olvidar la primera; mejor aún, comparada con ésta, aquella nos parecía bien poca cosa. Llegamos, al fin, al trono (20) del Rey. Cuando se descorrió el último velo y la hermosura del Rey resplandeció ante nuestros ojos, quedaron en suspenso nuestros corazones y fuimos presa de estupor tal que no pudimos ni formular nuestras quejas. Sin embargo, él se dio cuenta de nuestro desmayo, nos devolvió la confianza con su amabilidad; y así nos atrevimos a hablarle y a contarle nuestra historia. Entonces nos dijo:

- No hay nadie que pueda deshacer el nudo que traba vuestros pies, salvo aquellos mismos que los anudaron. He aquí, pues, que envío un mensajero a ellos que les impondrá el deber de daros satisfacción y quitaros la traba. Partid, pues, felices y contentos (21).

Por fin, he aquí que estamos en camino marchando en compañía del Mensajero del Rey. Pero mis hermanos me insistían pidiéndome que les descubriese la hermosura del Rey. La expondré en pocas palabras que concretan y bastan, a saber: cualquiera que fuera la belleza sin brizna de fealdad que tu corazón pudiese imaginar, sea cual fuese la perfección sin pizca de deficiencia que pudieses soñar, el Rey es el único en que he encontrado su posesión plena, pues en él se ha realizado de un modo absoluto toda la hermosura, sin nada de imperfección, ni siquiera en sentido metafórico. Es todo Rostro por su belleza, para que lo contemples; todo Mano abierta, por su generosidad. Quien a Él se acerca, alcanza la felicidad suprema; quien de Él se aparta, pierde este mundo y el futuro (22).

Pero ¿cuántos de mis hermanos, soliviantados por mi relato, no van a decirme:

"Advierto que tu mente anda un tanto descarriada, si no es que andas enajenado? ¡Vamos!, jamás has levantado el vuelo, lo que ha volado es tu razón; ningún cazador te ha tomado por blanco, lo que te ha sido cazado y requetebién es tu caletre. Mas ¿cómo podría volar un hombre? Se diría que la bilis ha inundado tu temperamento y se te ha secado la mollera. Convendría que te pusieses a régimen; bébete una infusión de tomillo, toma con frecuencia baños calientes, mójate la cabeza con agua templada, inhala vapores de aceite de nenúfar; después, sigue un régimen alimenticio ligero; prescinde del trasnochar excesivo; en fin, evita que se te recaliente la sesera. Pues antes siempre te habíamos tenido

por hombre razonable, de sano juicio y agudo; sepa Dios qué preocupación nos va a caer encima por culpa de tu estado; al verte tan desquiciado hasta nosotros nos sentimos enfermos".

¿Qué les iba a decir y para qué triste resultado? No hay peor discurso que esos sermones que la gente te endilga por nada. Pero mi auxilio está en Dios; frente a los hombres, mi libertad. Aquel que profese otra creencia perderá su vida así en este mundo como en el futuro; pues los que se esfuerzan por ser los primeros, un día sabrán del terremoto que los derribará (23).

NOTAS

- (1). Ext. De Avicena, *Tres escritos esotéricos*, Madrid, Tecnos, 1998. Traducción y notas de Miguel Cruz Hernández, obra que recomendamos.
- (2). *La Risâla* del pájaro está escrita sea en la fortaleza de Fardagân, donde estuvo preso Avicena, o bien más probablemente en la casa del 'Alawî, en la que permaneció confinado. Tal es, a mi entender, los tiempos difíciles a que se refiere.
- (3). Como ha expuesto antes en la *Risûla Hayy b. Yaqzân* cuya continuación es la del pájaro. Las esencias verdaderas (*haqâ'iq*) son las ideas esenciales del Logos divino.
- (4). Recuérdese que Avicena escribió una obra titulada así, '*Ahd* (testamento).
- (5). Esta expresión, cinco veces repetida, hace pensar. Las tradiciones ísmâ'îlîes y los autores contemporáneos filoisma'îlîes señalan el paralelismo con los *Ijwân al-safâ'* (Hermanos sinceros) de los famosos *Rasâ'il* de su nombre filofâtimîes, acaso manejados por el padre de Avicena y el hermano de éste, y ciertamente por los predicadores fâtimîes que catequizaron al padre y el hermano del Sayj al-Ra'îs. Sin embargo, ateniéndose a los términos de la exclamación, pienso que se trata simbólicamente de los solitarios emigrantes al Reino de la Santidad y literalmente del círculo de amigos y discípulos de Avicena. Recuérdese que éste, pese a su confinamiento final en Hamadân, dispuso de cinco hábitos sufíes para disfrazarse él, su hermano, el Gowzghâni y dos esclavos, y así pasar inadvertidos en su fuga.
- (6). Las místicas cristiana e islámica han señalado siempre el sentido de comunión entre los espirituales, a veces hasta en formas materiales estentóreas, como el grito.
- (7). El Embaucador siempre le busca las vueltas al hombre.
- (8). "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su alma [= la vida] en este mundo, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna" (Juan, 12, 24-25).
- (9). "Porque no entiendo lo que hago, pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco [...]. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado que mora en mí [...]. La ley del espíritu de vida en Jesucristo me libró del pecado y de la muerte [...]. El apetito del espíritu es vida y paz" (Romanos, 7, 15, 17; 8, 2 y 6).
- (6). Cito este texto no sólo por el paralelismo, sino también por su antigüedad, pues puede fecharse hacia el 57 de nuestra era. Otros paralelismos paganos, cristianos y judíos podrían multiplicarse a placer. Santa Teresa escribe literalmente: "Clara está la pieza, más él [pecador o imperfecto] no la goza por el impedimento u cosas de estas fieras y bestias" (*Las Moradas o Castillo interior*, ed. T. Navarro Tomás, Clásicos Castellanos, vol. 1, 8ª ed. Madrid, 1968, p. 21, 2-4.) Obsérvese el paralelismo con las bestias y fieras tantas veces aparecidas antes en la *Risâla Hayy b. Yaqzân*; en otras ocasiones utiliza sus afortunados diminutivos: bestezuelas y sabandijas

(10). El pájaro como signo y símbolo del alma es tan viejo como las más antiguas cosmogonías; recuérdese al menos la egipcia. Corbin ha señalado un texto paralelo verdaderamente sorprendente: el de los salmos maniqueos (C. R. Allberry, *A Manichaean Psalm-Book*, Stuttgart, 1938, pp. 181-182). Sabido es que el maniqueísmo se extendió entre las tribus turcas de los hoy llamados Turkmenistán y Uzbekistán antes de la llegada del Islam, y Avicena nació en Bujârâ, entonces capital del reino *samânî*. En el salmo citado, los cazadores rompen las alas de los pájaros-almas.

(11). El alma, en su condición carnal, puede entender que tal situación es la natural y que nada puede hacer para salir de ella.

(12). La bandada libre son los iniciados en la vida espiritual, aunque aún llevaban la señal de su situación anterior: los nudos semidesatados en los pies, pero sus alas eran ya libres. ¿De cuántos era la bandada? No es una pregunta ociosa; Sohrevardî titulará después una de sus obras *Safir-i Sâmorg* (*El encanto de Simorg*); pero en persa *Sî-morg* son treinta pájaros. Recuérdese que Sohrevardî tradujo al persa la *Risâlat al-Tayr* aviceniana. En el *Zend-Avesta* el pájaro místico se llama *Saêna Meregâ*.

(13). Recuérdense los pasajes paralelos del *Fedón*, *Fedro* y *República* de Platón, suficientemente conocidos.

(14). Llamada al maestro espiritual.

(15). La vía purgativa libera al asceta de los lazos carnales.

(16). El final del camino purgativo y la perseverancia en la oración exigen el esfuerzo personal.

(17). Empieza el *mi 'rây*, la ascensión al mundo celeste. Salvo excepciones señeras, entre ellas la de Corbin, los que se ocupan de este tema suelen olvidar el libro de Asín Palacios, *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, 2ª ed. corr. y amp., Madrid, 1943, pese a que sus hallazgos en unos casos e intuiciones en otros fueron confirmados por la obra de mi admirado colega y amigo, ya desaparecido, E. Cerulli, *Il "Libro della Scala"* e la questione delle fonti arabo spagnole della "Divina Commedia", Roma, 1949. Asín no conoció o no reparó lo suficiente en el *mi 'rây* aviceniano; y la muerte le llegó cuando yo empezaba a leer a Avicena. Pero él siempre supo que el sufí en su ascenso espiritual revive el *mi 'rây* del Profeta.

(18). Sin caer en las tentaciones.

(19). Desde la montaña escalada se ven ocho más. Por tanto, se trata de nueve esferas celestes.

(20). El texto árabe parece decir oratorio; pero el contexto se explica mejor sustituyéndolo por trono.

(21). El gnósofo o "místico" alcanza la visión de Dios en esta vida como el sabio puede llegar a la más alta sabiduría; ello en momentos determinados, pero Dios los devuelve de la visión al mundo. La visión permanente sólo se alcanzará tras de la muerte.

(22). La felicidad suprema del hombre es la visión beatífica de Dios.

(23). Los ecos religiosos bien antiguos son evidentes. Buscar el auxilio o el refugio en Dios aparece en numerosas aleyas; y Avicena ha comentado bellamente la aleya 1 de la azora 113, una de las dos llamadas del refugio. El final del párrafo presenta paralelismos con varios textos evangélicos contra los que reclaman el primer puesto. Mateo, 20, 27, y Marcos, 10, 44. La vibrante frase "frente a los hombres, mi libertad" es la expresión que puede explicar mejor la postura religiosa y social de Avicena. Desde ella deben verse: su actitud global ante los pensadores que pondera o pospone, su no alineación con su padre y su hermano en la *ismâ 'îlîya* fatimí, el *madhâb hânafi* (aunque dudo que el "rito" o escuela imâmî estuviese ya estructurado en su época), su actitud anti-gaznawî y su silencio sobre su adscripción *sî 'î* o *sunni*.